

La calle
Diario de un espectador
De Borges a Sábato
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 2 de agosto de 2007

El Presidente Vicente Fox, que de seguro no sólo no había leído nunca a Jorge Luis Borges, sino ni siquiera puesto atención a la existencia de un escritor de ese nombre se equivocó al pretender citarlo y mudó el Jorge por el más común de José, e introdujo una letra u en la sílaba final del apellido y así suavizó el sonido fuerte de la ge. El resultado fue una tontería que adquirió celebridad. Menos ruido se ha hecho por una errata semejante cometida por su sucesor, el lunes pasado, cuando en un almuerzo con el presidente Néstor Kirchner puso acento al apellido de otro notable escritor argentino y convirtió a Ernesto Sabato en Sábato. Quizá tampoco sabía de él y pretendió adornar su discurso con una cita literaria prestigiosa.

Sabato, que se aproxima al siglo de edad (nació en 1911) fue originalmente un físico notable en el mundo de la ciencia no sólo de su país sino de Europa y Estados Unidos, en cuyo Instituto tecnológico de Massachusetts, el legendario Mit fue investigador. Pero poco antes de cumplir treinta años, en vísperas de la segunda guerra mundial, de cuyos horrores directos se salvó al trasladarse de París a Boston, resolvió abandonar la ciencia y dedicarse a la escritura, donde alcanzó altas cumbres, no sólo por la calidad de sus libros sino por el reconocimiento a su obra. Luego transitó a la pintura.

Ha sido también un militante político, que pasó de contar con carnet del Partido comunista a ser vigoroso y constante defensor de los derechos humanos. Redactó el informe titulado *Nunca más*, sobre los miles de desaparecidos en su país durante la dictadura militar de 1976 a 1982.

Como estrella en el firmamento literario argentino, Sabato ha sido entrevistado innumerables veces, al punto de que ya en el 2000 pudo publicarse una selección –hecha por Julia Constenla– de sus conversaciones periodísticas, con el título *Medio siglo con Sabato*

En una de esas conversaciones, sostenida en Chile con Ana María Larraín, en 1996, Sabato habló de sus mudanzas vocacionales, desde su primera estación, la física:

“Es que no fue mi vocación primera. Mis verdaderas vocaciones fueron primero la pintura y la literatura, que me apasionaron desde muy niño. En aquel tiempo era un chico terriblemente nervioso, sufría de sonambulismo y alucinaciones. A los doce años mi familia me envió de mi pequeño pueblo natal (llamado Rojas) en la provincia de Buenos Aires, donde vivíamos, a estudiar a la ciudad de La Plata. Esos 200 kilómetros de distancia agudizaron aún más mis conflictos psicológicos, hasta que un día hice un descubrimiento portentoso: el del universo matemático, que se me reveló ahí, a través de la demostración de un teorema.

Fue como la revelación instantánea de que existía un mundo perfecto, incorruptible, eterno. ¡No sabía que acababa de descubrir el universo platónico! Y durante años me dejé arrastrar por esas ciencias aunque siempre, debajo o detrás, subsistía la pasión por la pintura y las letras. Hasta que al final de mi doctorado escribía y escribía como un poseso, empleando en ello todas mis fuerzas. Entonces me di cuenta de que mi interés eran los hombres de carne y hueso, no los poliedros ni los triángulos...En 1938 tomé en París una decisión irrevocable y abandoné para siempre la ciencia...!Sufrí mucho con el abandono de la ciencia!. Me trataron de traidor, me insultaron, me calificaron de oscurantista, de charlatán, de reaccionario. La crisis fue tan grande que escribí *Hombres y engranajes*, cuya síntesis aparece en parte en *El hombre y sus fantasmas*, y también en mi tercera y última novela, *Abaddon el exterminador*...Como dice Heráclito de Efeso, en el espíritu todo marcha hacia lo contrario. Las matemáticas eran la luz, el inconsciente realista, las tinieblas”.